

LA VIRGEN
en la
PASION
del
SEÑOR



MISION CORREDENTORA DE MARIA

Por Marcelino GONZALEZ-HABA

I

JESÚS y María! He aquí, lector amigo, las dos figuras de mayor relieve alrededor de las que gira el misterio sublime de la Pasión del Señor, que abrió, desde la cumbre del Calvario, los horizontes de la redención y de la misericordia.

Primero Jesús, y luego María. Porque Jesucristo es Dios, y la Virgen una criatura; la criatura más bella y casta salida de las manos del Supremo Hacedor. Toda la gracia y hermosura con que la Vir-

gen fue henchida de fragancia celestial se derrama y desborda de la incomparable santidad esencial de Jesús. María, es la mujer más atrayente y poseedora de los tesoros de Dios, que figura en cabeza de la familia humana. La más próxima a El y la más cercana a Jesús, para servir de lazo unitivo a los hombres pecadores.

Según el Evangelio, el nombre de la Virgen era María, nombre impuesto por el mismo Dios y sacado del inmenso joyero de su divinidad. María es, el nombre más dulce y sonoro después de Jesús. Podíamos decir con Pemán, que es la música más bella que pueden formar cinco letras.

Mas, el Evangelio no presenta la dichosa intimidad y la ternura de María, asociada a Jesús: Jesús y María son inseparables. Porque la misión salvífica de la Madre de Dios es darnos a Jesús y llevarnos a El. María vive con Cristo en la misma relación que el sarmiento con la vid, participando de su fecundidad y lozanía. Así, la Virgen aparece, en la economía de la redención, como puente único por el que llega Dios a los hombres y la senda primorosa cercada de azucenas, que nos lleva derechamente a Jesús.

Es sentencia común, rigurosa que Dios sólo podía nacer de una Virgen-Madre y que una Madre-Virgen sólo puede ser Madre de Dios. De este modo, la perla de la virginidad es la joya más valiosa que puede ceñir la frente soberana de María: «¡Virgen pura! ¡Virgen única! ¡Virgen singular!», exclama Santo Tomás de Villanueva.

Ahora que las prerrogativas, las gracias, el honor, las carismas que ennoblecen la preciosa existencia de María, son retoños inmarcchitables de la Maternidad divina, origen frontal del río caudaloso de sus merecimientos.

Pero María, no es sólo Virgen y Madre, sino, también, causa de nuestra redención, origen de nuestro consuelo, paño de nuestras lágrimas, rosa de misericordia y amor.

II

El primoroso y agitado privilegio de la corredención nace de la Maternidad divina de María. Por ejercer Jesús el primado de la redención del mundo, su Madre quedó asociada para siempre a los honores del Hijo.

«La Corredención, asegura el P. Llamera, dominico, teólogo español de nuestros días, con garbo y saber capaz de figurar en la brillante constelación tridentina de la Hispania inmortal y eterna, es

una función maternal, es decir, una actuación que le corresponde y ejerce María por su condición de madre. Es corredentora por ser madre. Es madre corredentora».

Dentro del dogma católico nadie puede poner en duda que Cristo es el Redentor esencial y primario. Pero quiso Dios incorporar activamente a María, a esta obra, siempre en plano secundario, subordinada al Redentor.

Digamos, que las primeras luces de la corredención mariana, nacen con la Anunciación. El Angelus es el alba dorada de la misión corredentora de María Santísima. Desde este momento amanece el mensaje de alegría, de misericordia y luz creadora que, el Salvador traía al mundo.

Luego, María colabora con Jesús desde el gozoso nacimiento en Belén hasta su muerte en la Cruz. La Virgen sintió la emoción de tener en sus brazos al recién nacido entre los pastores que bordaron con sus cantos el primer villancico. Hace la presentación del Niño Jesús a los Reyes Magos, y a los cuarenta días lo lleva al templo, escuchando del Profeta Simeón el tráfico final de su Hijo.

Y, si la Virgen se recrea en la enajenante hermosura de Jesús, miran, también, al Calvario adivinando, cómo este manso «cordero» había de ser sacrificado por la salvación de los hombres.

Jesús y María, el Redentor y la Corredentora, cruzaron por desérticos arenales en la Huida a Egipto. Y juntos comparten, también, con San José, la santificadora pobreza del taller de Nazeret. Y juntos asisten a la regocijante fiesta de las Bodas de Caná de Galilea, en donde Jesús, a instancias de María, mediadora, realiza el primer milagro que asombró a todos.

Pero, la Madre no puede vivir sin el hijo. Ahora, le sigue, en la Pasión. Va por la ruta ensangrentada del Calvario. Y vio su cuerpo doblado como un bello lirio por el peso del madero. Para mayor escarnio, María contempla a Jesús en la Cruz en medio de dos reos; así se cumplía la Escritura: «Fue reputado entre dos malhechores».

Hasta los Evangelistas tan parcos en citas sobre María, rompen el silencio y ponen en primer plano a la Madre de Dios. Porque, María asociada a Jesús, la Corredentora al Redentor, consuman la obra iniciada en el Misterio de la Encarnación.

Pero María estaba llorosa al pie de la Cruz, paralela al madero sacrosanto, ofreciendo a Dios, con su Hijo, el gran sacrificio de la Redención. Y estaba allí María, alta, erguida, cumpliendo la misión Corredentora. Con soberana razón la llama San Agustín: «La reparadora del género humano»; y San Epifanio: «La Redentora de

los cautivos»; y San Ildefonso, «La Restauradora del mundo perdido»; y San Germán: «El remedio de todas nuestras calamidades»; y San Ambrosio: «La Madre de todos los cristianos».

Todas las penas de Jesús, dice San Alfonso, eran también, penas de María. Y San Buenaventura contempla a la Virgen, más que próxima a la Cruz de su Hijo, clavada con El, y sufriendo, no física, pero sí moralmente, todos sus dolores. En la cumbre del Calvario quedó consumada la obra de Redención del mundo, por Jesús, el Redentor y María la dulce Corredentora.

